BIBLIOTECA AMAUTA
Serie América

11(223-1)

MARTÍ

IDEARIO

ediciones ercilla

TODOS LOS TIEMPOS ::: TODAS LAS CULTURAS

CHAVIN

BIBLIOTECA AMAUTA

(Serie América)

Dirigida por Luis Alberto Sánchez

IDEARIO

JOSE MARTI

IDEARIO

Selección, prólogo y notas de
Luis Alberto Sánchez

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1942

SECCION CONTROL
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
AGO 24 1943
DEPÓSITO LEGAL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

FABRICACION CHILENA PRINTED IN CHILE
Prensas de la EDITORIAL ERCILLA, S. A. — Santiago de Chile

I. Esquema Biografico

Nació José Martí en La Habana el 28 de enero de 1853. Murió el 19 de mayo de 1895. Pocas vidas hay tan fecundas en tan pocos años. Poeta y soldado, orador y revolucionario, maestro y amante; apóstol, en José Martí se dieron cita las más altas calidades del espíritu. Sin titubeos podemos considerarle como una de las figuras más completas —, tal vez la más completa — de nuestro continente. Porque, si en parangón con otras le falta la clarividencia ecuménica o la penetración de estadista, en cambio su ternura, su sentido místico de la patria añade a sus demás virtudes, la de un incomparable valor humano.

Fué su padre Mariano Martí, valenciano, sargento primero de artillería, hombre sencillo y compacto, buen padre, buen español. Su madre, Leonor Pérez, provenía de Tenerife, y tenía la miel encantadora de la isla luminosa. Cuando el padre se fué de la vida (febrero del 87), Martí se hallaba en el apogeo de su apostolado, pero aquél, no obstante su hispanidad, no dejó nunca de acariciar el orgullo de tener semejante hijo. Cuando murió la madre, en

diciembre de 1907, ya rutilaba sobre el corazón cubano la inmarcesible estrella del amado e irrestañable ausente: aquel que mataron balas de España en una escaramuza isleña al iniciarse la Guerra Grande.

De 4 años, Martí fué llevado por sus padres, a la Península. Volvió de seis. A los 13 tenía por maestro nada menos que al ilustre don Rafael Mendive, espejo de cubanismo y sabiduría. A los 16, José publicaba su primer trabajo político en EL DIABLO COJUELO *y escribía su primer drama,* ABDALA. *Ese mismo año — 1869 —, la policía española sorprendió, al hacer un registro en la casa de Fermín Valdez Domínguez, cierta comprometedora carta de Martí acerca del régimen español. Cuando le preguntaron si era, en verdad, suya, él, que no sabía mentir, la dió sin titubear por propia. Como consecuencia del incidente, el mozo de dieciséis años fué condenado a seis de presidio. El 4 de abril de 1870, José Martí pasaba revista como «Número 113» entre los sujetos a trabajos forzados en las canteras de San Lázaro. Poco después, lo trasladaron a Isla de Pinos. En 1871, lo deportaban a España, a que adquiriese ideas menos subversivas. Pero Martí llevaba su espíritu consigo. No lo abandonaría ni tan siquiera después de la muerte física.*

De su prematura experiencia en el penal brotó un trabajo que concitó unánime interés en torno al autor y a su tema: EL PRESIDIO POLITICO EN CUBA. *Los españoles eran, entonces, capaces de atender razones contrarias, no en mengua de lo hispano, sino al contrario, puesto que la identificaban con la humanidad mismamente. Martí se matriculó, aunque insurrecto, en la Universidad de Madrid. Cuba ardía, a la sazón, en la guerra de los diez años. Al joven habanero le dolía el alma de no estar batiéndose, co-*

mo hubiera querido. A trueque de fusil, esgrimió la pluma, ahí, en el mismo corazón del Imperio, en la metrópoli repudiada, pero jamás aborrecida. Para cumplir mejor con su deber, quiso interesar a los españoles en los asuntos cubanos y publicó su folleto: «LA REPUBLICA ESPAÑOLA ANTE LA REVOLUCION DE CUBA». *Fué un éxito y un pasmo.*

En 1874 se recibió de bachiller. Luego, de Licenciado en Derechos Civil y Canónico. Con posterioridad, de Licenciado en Filosofía y Artes. Pasó a París. Y, en seguida, a México, a donde llegaba en 1875, en calidad de periodista y de incipiente dramaturgo, mediante el estreno de un paso de comedia.

Dos años después, Martí en La Habana vió agonizar la revolución de Yara. Mientras él se iba de Cuba, nuevamente, a México, y de ahí a Guatemala (profundo amor, inmortalizado en una estrofa inolvidable: «la niña de Guatemala — la que se murió de amor»), la revolución que conducían Máximo Gómez, Calixto García, los Maceo y Estrada Palma, tocó a su fin. Coincidieron en el remate, en el desenlace melancólico, la insurrección y su platónica amante guatemalteca. Casi juntos se firmaron el Pacto de Zanjón y la partida de muerte de María García Granados, «la niña de Guatemala, — la que se murió de amor»...

Otra vez se aposentó en México, cuyo embrujo se clavó en el corazón martiano. Rúbrica de su aguda crisis sentimental sobrevino su matrimonio con Carmen Zayas Bazán, también de estirpe cubana. El amor de María García Granados fué amor sólo de ella, que no de él. Lo comprendió, es decir, supo que había sido objeto de adoración romántica, ya cuando la vida no tenía ninguna compensación que ofrecer a la cuitada. Carmen se llamó su mujer, la madre de su

hijo, nacido en La Habana — y de nombre José — en 1878.

Ya Martí andaba embullado por la prédica de la cubanidad, idéntica a revolución. Temperamento generoso, no titubeó en renunciar cierto cargo que desempeñaba con tal de defender a un cubano perseguido. Y ya en Cuba, donde la conspiración marchaba a pasos agigantados, dió, como siempre, el pecho para romper con la medrosidad, a tal punto que, después de oirle un discurso libertario, el Capitán General Blanco, dijo: «quiero no recordar lo que he oído y no concebí se dijera delante mí, representante del gobierno español; voy a pensar que Martí es un loco, pero un loco peligroso».

Al año siguiente, sufría una breve detención, con Juan Gualberto Gómez, que también conspiraba. El año 80 lo encuentra en París y Nueva York, trabajando con el comité revolucionario del General Calixto García. El 81, estaba en Venezuela, entregado aparentemente a la vida literaria, pero, en realidad, sembrando inquietudes, como siempre ocurriera en torno suyo. El «Ilustre americano» Guzmán Blanco le hizo comunicar la conveniencia de que abandonara Venezuela. Pero Martí llevaba consigo imborrable recuerdo, la huella de Cecilio Acosta, el insigne venezolano, alma impoluta como las que él prefería.

1882. Publicación de «ISMAELILLO» y de «VERSOS SENCILLOS». «LA NACION» de Buenos Aires requería sus colaboraciones. Pero, la conjura, la conjura en grande, prosigue. Desdichadamente, han surgido rencillas entre Máximo Gómez y Antonio Maceo. Aquello supera la capacidad de resistencia de Martí. Eso no. La revolución ha de hacerse con pureza. Sin egoísmos. Y, tras enviar una hermosa car-

ta a ambos caudillos, se retira momentáneamente de la lucha. Para consolarse se entrega de lleno al periodismo, mas sin apartar jamás los ojos de su Cuba.

Tal periodismo para Martí fué un modo de su cubanismo. Cada día crecía más su decisión de entregarse a aquel combate. Como no siempre disponía de circunstancias favorables, no abandonaba otro viejo proyecto suyo: servir a la infancia, a la juventud, quizá como represalia del forzado alejamiento en que vivía con respecto a su hijo. El año 89, publicó, así, 4 números de «La Edad de Oro», homenaje sincerísimo y cordial a la niñez, al espíritu que ella contiene.

Para entonces, su figura había cobrado relieves continentales. La República Argentina le nombró su Cónsul. Paraguay y el Uruguay siguieron aquel ejemplo. Más aún: al reunirse la Comisión Monetaria Internacional de Wáshington, José Martí concurrió a sus sesiones como representante de la República Oriental. Mas, no le permitiría disfrutar de tales honores, el rencor español. Dos años más tarde, el 91, se vería obligado a renunciar a sus consulados a causa de una acusación de origen ibérico. Además, coronación de semejante abandono, su esposa, Carmen, desavenida con él, incapaz de comprenderle, se embarcó hacia Cuba, llevándose a José, el unigénito.

Ahogando el dolor de tal separación, José Martí arreció su campaña pro Cuba libre. En la sala de «El Liceo» pronunció entonces su memorable discurso: «Con todos y para bien de todos». La Liga Patriótica de Tampa le admitió en su seno. En Nueva York, a donde acudió fugazmente, ya se hablaba como de algo peculiar e incontenible de «la revolución de Martí». Merodeó, siempre en propagandista, por los medios cubanos de Cayo Hueso. Echó las

bases del Partido Revolucionario Cubano, que comprendía también a los portorriqueños. Su genio apasionado hubo de sofrenar ímpetus y soportar las disidencias internas. Lanzó el periódico «Patria». En 1892, se le vió investido del cargo de Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Se acercaban, paralela, indisolublemente, la revolución, la victoria y la muerte.

Y empezó la gran jornada. Si algo se había hecho en 1868, ello fué debido al entendimiento compacto que hubo entre todos los jefes. Martí, acallando viejos resabios, antiguas dudas, quiso que revivieran los nombres clásicos, las celebridades indiscutibles, la popularidad de los jefes heroicos. Fué a Santo Domingo y Haití, a galvanizar voluntades dormidas. Combinó un plan con el insigne Máximo Gómez. Examinó, con el gran guerrillero, todas las facetas de la obra por cumplir. Se entrevistó con Maceo, en Costa Rica. Y cuando todo lo tuvo a punto, volvió a su lugar de partida, para dar la última mano a los preparativos finales de la acción.

Aún habría de sufrir sinsabores, desilusiones, felonías. Estaba todo listo, el año 93, para zarpar, en sigilosa expedición, de la Fernandina (Florida), cuando un delator frustró el proyecto, y el gobierno norteamericano cerró el paso a los revolucionarios incautándose de los barcos y útiles que habían trabajosamente juntado.

Ni importaba ya. En 1895, la obra se hallaba de nuevo en marcha. Para no perder oportunidad ni tiempo, Martí dió entonces la señal del levantamiento. Y para no permanecer al margen, despertando dudas, él, el guía, se embarcó también, como simple soldado.

En Montecristi, él y Máximo Gómez lanzaron el célebre MANIFIESTO *que aquel nombre perpetúa. Ahí se encerraban la promesa y el programa de la libertad de Cuba. En seguida, siempre tierno y meticuloso, aquel gran enamorado de la belleza y la justicia, escribió una larga carta a su entrañable Gonzalo de Quezada, carta conocida como el «testamento literario de Martí». Dispuesto a todo, el 1.° de abril se embarcaba hacia su amada Cuba. El martirio, en acecho, le atrajo poco después a la fatal encrucijada.*

El 11 de abril en la bahía de Playitas saltaba de un frágil barquichuelo, un grupo de hombres silenciosos, entre los cuales resaltaba el aire romántico de José Martí. Empezó la campaña. Máximo Gómez, conmovido por ese hombre que, sin ser militar, se daba tan íntegramente a su idea, y comprendiendo que sus esfuerzos eran precisos en Norteamérica, le instó a reembarcarse. Martí no quiso. Montó a caballo como modesto oficial. Su mirada y su voz se fundieron con las de los soldados. Al cabo, corrió la suerte de ellos. Una avanzada española merodeaba muy cerca. Martí no quiso perder la oportunidad del bautizo de sangre. Lo tuvo, claro está. Pero para siempre. Cuando los españoles reconocieron en el yerto despojo que llevaban a enterrar al egregio apóstol cubano se estremecieron de respeto y júbilo.

Lo enterraron bajo tierra cubana, sin caja, en comunión perfecta con la tierra madre.

La gloria vino después a rescatar sus restos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

II. Boceto Crítico

Es difícil escribir algo nuevo sobre Martí. No lo pretendemos. Hay tan abundante bibliografía en torno del apóstol, que cuanto se quiera agregar en su exergo, aparece reiterativo y por tanto, inútil. Sin embargo, forzoso será que resumamos aquí, para uso de los lectores de este vademecum, los rasgos esenciales del pensamiento y de la prosa martianos. Pedimos se tenga en cuenta que lo hacemos conscientes de no descubrir ningún nuevo meridiano.

Martí resalta entre los más grandes escritores del idioma. Si bien, de acuerdo con ciertas inevitables y enojosas reglas preceptivas, se le considera entre «los precursores del modernismo», tal clasificación le queda angosta. Martí fué un precursor del modernismo, al par que un emblema del romanticismo y una expresión de lo clásico (no de clasicismo). Su idioma le era fiel como la sombra: no se le separaba jamás, ajustado a sus designios como la malla al cuerpo del atleta.

*En pocos escritores se ha dado, con mayor cabalidad, el caso de una adecuación tan perfecta del decir al pensar, y del pensar al hacer. Las «*Cartas*» de Martí, cartas escritas a vuela pluma al calor de la pasión, son modelos de tersura formal, de encrespamiento emotivo, de belleza, de altura, de penetración. Los tres tomos de ellas pueden figurar entre las grandes colecciones de epístolas de la historia humana, por la prosa y por el pensamiento, por el arranque y la expresión.*

Sus versos, la mayor parte hechos para niños — chicos o grandes —, mejor aún, para su hijo, rebosan dulzu-

ra, y expresan una elevación espiritual difícil, no sólo de igualar, sino de comparar. Causa sorpresa que un hombre consagrado a una tarea combativa, de verbo y actitud apostólicos, se diera tiempo y hallara ocasión para tan suaves palabras, para tan tiernos versos. Lo mismo en el amor de la mujer que en la consagración al niño, Martí concentraba suma de pasión y dulcedumbre. La patria fué para él, también, un poco mujer (madre o amante) y un poco doncella, (hermana e hija). Entre la «niña de Guatemala —, la que se murió de amor», y Cuba poca distancia hubo para la sensibilidad martiana. A las dos llegó y de las dos se fué inundado de paradójica paz, de contradictoria inquietud, de insobornable e intransferible serenidad.

La adjetivación de Martí es de las más armoniosas y a la sordina de cuantas ha engendrado la literatura americana. Sus términos de comparación fueron «rosas» y «rosedas», «malvas» y «corolas», «mármoles» y «tules»; sus colores dilectos: el rosa y el celeste; su más alquitarado pensamiento era el de la muerte, pero una muerte novia, sin nada de espectral, sin nada de temible, sonriente y promisora.

Hubo en Martí, mientras vivió y hasta después de muerto, cierta proclividad a permanente noviazgo. Las mujeres de su vida hubieron de decorarse de arreos epitalámicos para grabarse en su corazón, y luego, pasar a la elegía apenas con breve lapso para disfrutar de la égloga. Tal fué con la «niña de Guatemala», novia representativa, jamás hollada sino por el suspiro, muerta antes del brote; tal, con Carmen su mismísima esposa, de quien lo separaron las primeras espinas de la conyugalidad, convirtiéndola para él, mientras vivió, en anhelo y remembranza, hecha de cendales, sin casi vinculación con la realidad; tal, en fin,

aquel otro amor, el de su secreto, el de su intimidad, el «ilegal», cuando, expuesto al abandono, hubo de buscar bajo otro techo la dulzura que ansiaba su corazón sediento. Las tres, la enamorada irreal, la esposa y la querida, las tres, por la magia casta del amor de Martí, las tres fueron novias de ideal contorno.

A la patria la amó también de igual manera: con casto amor, más que de novio, de trovero. Urgido de cantar lo inalcanzable, ponía su pasión en lo difícil, en aquello que requiriese empeño heroico, sacrificio y pena. Era un espíritu hecho para vencer el dolor. Para gozar en esa dura victoria. Cuando le agobiaban los sufrimientos, sentíase en la plenitud del goce, porque estaba cierto de que sus fuerzas le bastaban para obtener el triunfo sobre la flaqueza y los contrastes. Su muerte, por consiguiente, fué el corolario lógico de su existencia. Máximo Gómez le instó desesperadamente a la prudencia, pero él amaba lo imprevisto, lo inédito; y, tras una vida intensa, de duplicada emoción, lo único virginal, posible de hallar era la muerte.

El pensamiento de Martí tiene una claridad meridiana. En él no se encuentran contradicciones. Sus cartas, hechos y discursos se deslizan siempre por una misma vía, como los ríos del verso de un Jorge Manrique, «derechos a se acabar — y consumir», pero a se consumir de amor y de verdad.

Amó a Cuba, a la juventud, a la niñez y a la sinceridad. El arte fué también objeto de su ansia, pero como consecuencia de lo dicho. Si escribió versos, si hizo literatura, nunca le manó de fuentes sofisticadas sino de la entraña misma de su verdad.

Si hay vidas que aparean maravillosamente lo dicho a lo hecho, ninguna tanto como la de José Martí. De él debe decirse, repitiendo las palabras con que despidió a Cecilio Acosta: «Cuando partió, tenía limpias las alas». Y el corazón también.

III. Pequeña Noticia Bibliografica

La bibliografía martiana es sumamente copiosa. Puede competir con la de Bolívar. Por eso, preferimos indicar aquí sólo aquellos libros que el lector curioso tiene a mano, sin mayores dificultades, libros que se hallan fácilmente en circulación.

José Martí, *Obras completas*. Editorial Trópico. Habana (Lleva publicados 27 volúmenes, bajo la direcición de Gonzalo de Quesada y Miranda, hijo del ilustre compañero de Martí).

Rafael Estenger. *Vida de Martí*, Ediciones Ercilla. Santiago, 1936.

Alfonso Hernandez Cata, *Mitología de Martí*. Madrid 1929.

Felix Lizaso, *Martí: místico del deber*, B. Aires, 1940.

Mauricio Magdaleno. *Fulgor de Martí*. México, 1940.

Jorge Mañach, *Martí, el apóstol*, Madrid, 1932.

Juan Marinello, prólogo a *Poesías* de Martí, Habana

Isidro Mendez, *Martí*. Habana, 1941.

Isidro Mendez. *Ideario de Martí*. Habana, 1930.

E. Rodriguez Embil. *José Martí, el Santo de América*, Habana, 1941.

Emeterio Santovenia. *Bolívar y Martí*, Habana, 1934.

IV. Esta Edicion

El Ideario *de Martí, que constituye el núcleo de la presente edición lo escogimos en compañía de Alfonso Hernández-Catá, teniendo como base el nutrido* Ideario *hecho por Isidro Méndez, que ya mencionamos. Ibamos a completarlo con otros documentos, pero la muerte de nuestro ilustre amigo vino a interrumpir la labor. No hemos querido, en homenaje a su memoria y a su intención, alterar demasiado el plan que él preconizaba y, por eso, este* Ideario *tiene un contenido y tono algo diferente a los demás que venimos publicando en esta colección. Le hemos añadido, sí, porque los consideramos esclarecedores y adoctrinantes, la semblanza de Las Casas, entresacada de* La Edad de Oro, *y el emocionante* Diario *que el apóstol escribió relatando las peripecias de su último viaje a Cuba, cuando portaba consigo la revolución. De él hay una edición numerosa hecha en la «Imprenta Escuela del Instituto Cívico Militar» Ciudad Escolar. Ceiba del Agua. 1941.» Al recoger en estas páginas, respetando la intención de Hernández-Catá, un manojo de pensamientos martianos, y al incluir su* Diario, *y su* El Padre Las Casas, *estamos seguros de contribuir a la vulgarización de la doctrina y la figura de uno de los, sin hipérbole, hombres más eminentes de América y sin duda uno de los temperamentos apostólicos más intachables de la historia contemporánea.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

L. A. S.

Alonso de Ercilla, por Gerardo Seguel.
Comentarios reales, por Garcilaso de la Vega.
Doctrina Política, por Simón Bolívar.
Ensayo Político sobre Nueva España, por A. de Humboldt.
El descubrimiento de América, por Cristóbal Colón.
El Manuscrito del Diablo, por José Victorino Lastarria.
Francisco Miranda, por Wolfram Dietrich.
Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, por Gerardo Seguel.
Ideario, de Juan Bautista Alberdi.
Ideario, de José Enrique Rodó.
La América en peligro, por Fco. Bilbao.
La Conquista de Chile, por Pedro de Valdivia.
Memorias de Lord Cochrane.
O'Higgins pintado por sí mismo.
Pedro de Oña, por Gerardo Seguel.
Peregrinaciones de una paria, por Flora Tristán.
Portales pintado por sí mismo.
San Martín pintado por sí mismo.
Siete Ensayos, por R. W. Emerson.
Simón Bolívar y las guerras de la Independencia Latinoamericana, por Wolfram Dietrich.
Tradiciones peruanas escogidas, por Ricardo Palma.
Valdivia el fundador, por Luis Alberto Sánchez.
Ventura de Pedro de Valdivia, por Jaime Eyzaguirre.
Vida de Martí, por Rafael Estenger.

Si no encuentra alguno de estos libros en su librería, pídalo a

EDITORIAL ERCILLA S.A.
Agustinas 1639 — Casilla 2787
SANTIAGO DE CHILE

Ideario, por Martí.—Biblioteca Amauta (Serie América).